

## CUESTION XLV.

## De la audacia (1).

Tratarémos de ella en cuatro artículos: 1.º La audacia es contraria al honor? — 2.º Cómo se refiere á la esperanza? — 3.º Causa de la audacia. — 4.º Su efecto.

## ARTÍCULO I.—La audacia es contraria al temor?

1.º Parece que la audacia no contraría al temor; porque dice San Agustín (Qq. l. 83, a. 31 y 34) que «la audacia es un vicio», y el vicio es contrario á la virtud. Luego, como el temor no es virtud sino pasión, parece que la audacia no sea contraria al temor.

2.º Una sola cosa es contraria á sola otra. Es así que la esperanza es contraria al temor. Luego la audacia no lo es.

3.º Cada pasión excluye la opuesta; pero lo que se excluye por el temor es la seguridad, pues dice San Agustín (Confess. l. 2, c. 6) que «el temor es una precaución contra la seguridad». Luego la seguridad, y no la audacia, es contraria al temor.

Por el contrario, dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5) que «la audacia es contraria al temor».

Conclusion. *La audacia, que arrostra los peligros, es manifestamente contraria al temor, que los elude.*

Responderémos, que es propio de los contrarios el distar entre sí lo más posible, como se dice (Met. l. 10, t. 13); y lo que más dista del temor es la audacia, pues *el temor rehuye el daño futuro* por su victoria sobre el mismo que teme, y *la audacia afronta el peligro inminente* por la victoria de sí sobre el peligro mismo. Luego *manifestamente la audacia es contraria al temor.*

Al argumento 1.º dirémos que la ira, la audacia y los nombres de todas las pa-

(1) Considerada como movimiento del apetito sensitivo, por el que el ánimo se escita contra algún mal terrible é inminente; y no como vicio opuesto á la virtud de la fortaleza, en

siones pueden tomarse en dos sentidos: 1.º segun que implican absolutamente movimiento del apetito sensitivo hácia algún objeto bueno ó malo, y así son nombres de pasiones; 2.º como incluyendo en ellos junta con este movimiento la separación del orden de la razón, y en este caso son nombres de vicios, en cuyo último sentido habla San Agustín de la audacia. Pero nosotros tratamos ahora de la audacia considerada en el primero (2).

Al 2.º que no hay muchas cosas, que sean contrarias á una misma bajo un mismo punto de vista; pero bajo distintos aspectos nada impide que las haya. Así se ha dicho (C. 23, a. 2; y C. 40, a. 4) que las pasiones de lo irascible tienen dos clases de contrariedades: una segun la oposición del bien y del mal, y en este concepto el temor es contrario á la esperanza; y la otra segun la oposición de la aproximación ó separación, y en este la audacia es contraria al temor, y la desesperación á la esperanza.

Al 3.º que la seguridad no significa cosa alguna contraria al temor, sino la sola exclusión del temor; pues se dice seguro el que no teme. Por consiguiente la seguridad se opone al temor como su privación, mientras que la audacia como contrario suyo: y, así como lo contrario encierra en sí la privación, así la audacia incluye la seguridad.

## ARTÍCULO II.—La audacia es consecuencia de la esperanza?

1.º Parece que la audacia no es conse-

cuyo concepto háblase de ella en la 2.ª-2.ª (C. 127).

(2) Segun lo advertido en la nota precedente.

cuencia de la esperanza: porque la audacia tiene por objeto los males terribles, como se dice (Eth. l. 3, c. 7); al paso que la esperanza se refiere al bien, segun lo dicho (C. 40, a. 1). Luego tienen diversos objetos, y no son de un solo orden. Luego la audacia no es consiguiente á la esperanza.

2.º Así como la audacia es contraria al temor, así la desesperación lo es á la esperanza. Pero el temor no es una consecuencia de la desesperación; antes bien la desesperación (1) lo excluye, como dice Aristóteles (Rhet. l. 2, c. 5). Luego la audacia no es consecuencia de la esperanza.

3.º La audacia se dirige á cierto bien, cual es la victoria; y el dirigirse al bien árduo pertenece á la esperanza. Luego la audacia es lo mismo que la esperanza, y no es por lo tanto una consecuencia de ella.

Por el contrario, dice el Filósofo (Eth. l. 3, c. 8) que «los que tienen buena esperanza son audaces». Luego parece que la audacia es una consecuencia de la esperanza.

Conclusion. *La audacia, de la que es propio acometer á lo temible inminente, procede de la esperanza interna.*

Responderémos que, como ya se ha dicho repetidas veces (principalmente en la C. 22, a. 2), todas estas pasiones del alma pertenecen á la potencia apetitiva; y todo movimiento de la potencia apetitiva se reduce á la prosecución ó á la huida, las cuales pueden tener lugar ya *per se*, ya *per accidens*: *per se* la prosecución es del bien, y la huida del mal; mas *per accidens* la prosecución puede ser del mal por algún bien adjunto, y la fuga del bien por el mal anejo. Pero lo que es *per accidens* sigue á lo que es *per se*; y por lo tanto la prosecución del mal sigue á la prosecución del bien, como la huida del bien sigue á la huida del mal. Estos cuatro (*efectos*) pertenecen á cuatro pasiones: la prosecución del bien á

la esperanza; la fuga del mal al temor; la prosecución del mal terrible á la audacia; y la huida del bien á la desesperación. De aquí pues resulta que *la audacia es consiguiente á la esperanza*; pues, por lo mismo que uno espera superar lo terrible inminente, lánzase audaz contra ello. La desesperación por el contrario sigue al temor (2); pues desespera uno, porque teme la dificultad de lograr el bien, que esperaría.

Al argumento 1.º dirémos, que el razonamiento sería concluyente, si el bien y el mal fueran objetos no relacionados entre sí. Pero, como el mal tiene alguna relación con el bien (puesto que es posterior al bien, como la privación al hábito); por eso la audacia, que afronta el mal, es después de la esperanza, la cual sigue al bien (3).

Al 2.º que, aunque el bien es en absoluto antes que el mal, sin embargo la huida se debe al mal con prioridad al bien; como la prosecución atañe antes al bien que al mal. Por lo tanto, así como la esperanza es anterior á la audacia, así el temor precede á la desesperación: y, así como no siempre del temor se sigue la desesperación, sino cuando fuere intenso; tampoco de la esperanza proviene siempre la audacia, sino cuando fuere vehemente.

Al 3.º que la audacia, aunque tenga por objeto el mal, al cual está unido el bien de la victoria segun la apreciación del audaz; sin embargo se refiere al mal, mientras que la esperanza mira al bien adjunto: y del propio modo la desesperación se refiere directamente al bien que rehuye, en tanto que el temor mira al mal unido. Por consiguiente, hablando con propiedad, la audacia no es una parte de la esperanza, sino su efecto; como tampoco la desesperación es parte del temor, y sí efecto de él: y por esta misma razón la audacia no puede ser una pasión principal.

al ánimo del tímido, que no le deja entrever medio ni recurso alguno, que oponer pudiera acaso á la calamidad, que se imagina de todo punto inevitable, como las de Cain y de Antioco y las de tantos insensatos suicidas.

(3) Es bien palmaria la relación de oposición ó contrariedad entre el mal arrojado por la audacia y el bien objeto de la esperanza.

ARTÍCULO III.—Es causa de la audacia algun defecto?

1.º Parece que algun defecto es causa de la audacia; porque dice el Filósofo (De problem. sect. 27, probl. 4) que «los amadores del vino son fuertes y audaces». Pero del vino se origina el defecto de la embriaguez (1). Luego la audacia es causada por un defecto (2).

2.º Dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5) que «los inespertos en los peligros son audaces». Siendo pues la inesperienza un defecto, síguese que la audacia es producida por él.

3.º «Los que sufren injusticias, suelen ser más audaces; como también las bestias, cuando son golpeadas», según se dice (Ethic. l. 3, c. 8). Pero sufrir lo injusto pertenece al defecto. Luego la audacia es producida por algun defecto.

Por el contrario, dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5) que «la causa de la audacia há lugar, cuando se tiene en la imaginación esperanza de las cosas saludables como próximamente existentes; empero de las temibles, ó como de no entes, ó como de entes lejanos». Ahora bien: lo que constituye defecto, ó pertenece á la remoción de lo saludable, ó á la aproximación de lo temible. Luego nada de lo perteneciente á defecto es causa de la audacia.

**Conclusion.** *Es causa de audacia [1] todo cuanto naturalmente puede infundir esperanza ó disipar el temor; mas [2] ningún defecto es capaz de producir tales efectos per se, aunque sí acaso per accidens.*

Responderémos, que según lo dicho (a. 2) la audacia resulta de la esperanza y es contraria al temor: por consiguiente todo lo que por su naturaleza es capaz de producir la esperanza ó excluir el temor, es causa de la audacia. Mas, como el temor y la esperanza y aún la audacia, por ser ciertas pasiones, consisten en el movimiento del apetito y en cierta transformación corporal; puede tomarse

(1) Algunos suprimen *ebrietatis*, sin duda por innecesario ó fácil de sobreentender; lo cual en verdad no justifica la omisión de ese genitivo, consignado unánimemente en todos los manuscritos y casi todos los impresos.

(2) *Ex defectu* generalmente; pero entre esas dos palabras insertan *aliquo* (algun) el códice de Alcañiz, y *ebrietatis* (de la embriaguez) la antigua edición romana.

en dos sentidos la causa de la audacia, bien relativamente á la provocación de la esperanza, ó bien en cuanto á la exclusión del temor: 1.º por parte del movimiento apetitivo; 2.º por parte de la transmutación corporal. 1.º Por parte del movimiento apetitivo consiguiente á la aprensión se excita la esperanza causante de la audacia por medio de aquello, que nos hace creer posible conseguir la victoria, como es la fortaleza del cuerpo, la experiencia en los peligros, la multitud de riquezas y otras á este tenor; ó bien por la potencia de otras, como la multitud de amigos ó de cualesquiera otros auxiliares, y principalmente si el hombre confía en el auxilio divino. Por esta razón los bien dispuestos con la divinidad son más audaces, como dice también el Filósofo (3) (Rhet. l. 2, c. 5). Pero el temor es desechado en este sentido por el alejamiento de lo terrible cercano, por ejemplo, porque el hombre no tiene enemigos, ó porque á nadie ha perjudicado, ó no ve que le amenaza peligro alguno; pues á quienes más principalmente parece amenazan peligros, son aquellos que causaron daño á otros. 2.º Por parte de la transmutación corporal es causada la audacia por medio de la excitación de la esperanza y la exclusión del temor de todos los (*elementos*) productores del calor en derredor del corazón; por esto dice Aristóteles (De partibus animalium, l. 3, c. 4) que «los que tienen corazón pequeño cuantitativamente, son más audaces; y los animales que tienen voluminoso corazón son tímidos»: en razón á que el calor natural no puede calentarse á un corazón grande tanto, como á uno pequeño; á la manera que el fuego no puede calentarse tanto una casa grande, como una pequeña. Dice también (Problem. 4, sect. 27) que «los que tienen gran pulmon (4) sanguíneo, son más audaces» á causa de la calidez del corazón consiguiente á esto: y en el mismo lugar dice que «los aficionados al vino son más audaces por el calor de este». Por esta

(3) *Quibus divina bene habent* dice testualmente: «los que tienen propicia á la divinidad», y lo saben por propia experiencia corroborada por su fidelidad ó lealtad constante á su voluntad y designios.

(4) Parece designar así el izquierdo, más próximo al corazón.

ARTÍCULO IV.—¿Los audaces son más valerosos al principio que al fin en los mismos peligros?

1.º Parece que los audaces no son más vehementes al principio que en el momento mismo de los peligros: porque el temblor es producido por el temor, el cual es contrario á la audacia, como consta de lo dicho (a. 1); y algunas veces los audaces tiemblan al principio, como dice Aristóteles (in lib. De problematibus, sect. 27, probl. 3). Luego no son más vehementes al principio, que cuando están en medio del peligro.

2.º Por el aumento del objeto se aumenta la pasión; á la manera que, si lo bueno es amable, lo mejor lo es también más. Pero lo árduo es el objeto de la audacia. Luego, aumentado lo árduo, se aumenta la audacia. Es así que se hace más árduo y difícil el peligro, cuando está presente. Luego debe entonces crecer más la audacia.

3.º Las heridas recibidas provocan la ira. Pero la ira causa la audacia; pues dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5) que «la ira es una cosa audaz». Luego, cuando ya están en los peligros mismos y son he-

osadía para aventurar palabras, y la mujer púdica para escucharlas; la amistad parece pronta á arraigarse entre personas desconocidas, juntadas en un salón por la mano del placer; los comensales se vuelven confiados, comunicativos; en todas partes resuena la verdad pura y neta, y hasta el hombre circunspecto deja escapar su secreto. Pronto crece la sensibilidad; se ofrecen fácilmente sacrificios, y se alarga el bolsillo al necesitado. En aquellos momentos el camino de la vida no aparece ya con zarzas; es un prado esmaltado de bellísimas flores; nadie ve, nadie sueña más que felicidades, y entonces es cuando el hombre se dice; *Yo soy el Soberano*, el Rey de la tierra!

» Pero, á medida que se apuran más copas, éntrales á los convidados más ardiente sed; los vasos chocan entre sí con más ruido; el vino no es gustado, sino deglutido, sin que los catadores hayan siquiera distinguido su sabor. Poco á poco se embotan los sentidos, la cabeza se vuelve pesada, el rostro encendido, los ojos marchitos y sin expresión se mantienen cerrados; la lengua se vuelve torpe; los movimientos de los labios son difíciles; se quiere hablar y se balbucea; todo el mundo toma la palabra á la vez; las voces se confunden, se grita, se aulla para conseguir ser escuchado; se traban querellas, y no pocas veces coronan la orgía sangrientas pendencias. Al propio tiempo ha desaparecido la circunspección: tal era decente, que se muestra ya descarado y libertino; el pusilánime se vuelve insolente, y el hombre pacífico entra en accesos de furor: las pasiones eróticas se hallan sobreescitadas, pero no hay aptitud para satisfacerlas. Los objetos aparecen dobles; se quiere coger con la mano lo que está á veinte pasos de distancia; el vaso, que se lleva á la boca, se cae de las manos y se rompe; el hombre quiere levantarse, y las piernas le flaquean, vacila y cae redondo debajo de la mesa. Entonces un sueño aplomado, una torpeza general se apodera en el último grado del hombre borracho... — M. C. G.

(2) Se creen invencibles é invulnerables.

misma razón ya se ha dicho (C. 40, a. 6) que la embriaguez contribuye á la bondad de la esperanza; porque el calor del corazón rechaza el temor, y causa la esperanza á consecuencia de la estension y amplitud del corazón (1).

Al argumento 1.º dirémos, que la embriaguez inspira audacia, no en cuanto es defecto, sino *per accidens* en cuanto produce la dilatación del corazón; y porque además sugiere un concepto de cierta grandeza (2).

Al 2.º que aquellos, que son inespertos de los peligros, son más audaces, no por defecto, sino por accidente; esto es, en cuanto á causa de su inesperienza ni conocen su debilidad, ni la presencia de los peligros; y así por la sustracción de la causa del temor resulta la audacia.

Al 3.º que, como dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5), «los que sufren una injusticia se hacen más audaces, porque creen que Dios auxilia á los que la padecen injusta». Por tanto es evidente que ningún defecto causa la audacia sino *per accidens*, esto es, en cuanto lleva ad junta alguna excelencia verdadera ó ilusoria, ya por parte de otro ó de él mismo.

(1) Téngase aquí mucho cuidado en no confundir la embriaguez con la borrachez ó borrachera, si no se quiere incurrir en grandes equivocaciones. La embriaguez (*ebrietas*), como dicen los médicos con Descuret, es el estado de una persona embriagada, es decir, cuyo cerebro está afectado, y cuya razón está más ó menos turbada por los vapores de una bebida espirituosa, por una sustancia narcótica, etc.; mas la borrachez (*ebriositas*) es la inclinación habitual de tomar inmoderadamente bebidas espirituosas. La embriaguez por consiguiente no es más que un estado morboso, al paso que la borrachez es un vicio, un vicio feo y vergonzoso que degrada al hombre, al rey de la creación, hasta el extremo de rebajarle mucho más allá de la esfera de los brutos. Según esto es ebrio en general el que ha bebido demasiado, y borracho el que bebe á menudo y con exceso. Así Noé estaba ebrio, cuando se le vió desnudo en su tienda, pero la historia no dice que fuese borracho; Alejandro el Grande estaba ebrio y borracho, cuando mató á Clito su mejor amigo, y cuando encontró la muerte apurando la copa de Hércules.—La embriaguez, dice Plutarco, habita en compañía de la locura y del furor...

Por eso escribió el Doctor A. *quod ebrietas facit ad bonitatem spei*, mas no puso *ebriositas*: la 1.ª, dando calor al corazón, puede espeler el temor y producir la esperanza; mas la 2.ª hace que todo en el hombre sucumba. Es curiosa y no podemos resistirnos á copiar la enumeración de grados, por donde el ebrio pasa á ser borracho, tal y conforme la pinta Descuret. «En un festín, dice, se nota que los primeros vasos hacen nacer un suave calor; la cara se desarruga, las facciones se animan, la alegría y los chistes provocan la conversación; los convidados se hallan en una excitación ligera y deliciosa. Más adelante, cuando nuevas libaciones han sucedido á las primeras, á medida que se apuran las copas, la imaginación se vuelve más viva, más petulante; entonces los madrigales, las bombas, las canciones en loor de Baco y de Venus, las ideas ingeniosas, las ocurrencias saladas se suceden con la rapidez del rayo. El amante medroso halla en sí bastante

ridos, parece que se hacen más audaces.

Por el contrario, dicese (Ethic. I. 3, c. 7) que « los audaces vuelan y se precipitan ánte los peligros; pero ya en ellos se retiran ».

**Conclusion.** *Los audaces [1] se lanzan súbitamente al peligro, pero ya en él y viendo su dificultad desmayan y desisten de arrostrarle; mas los fuertes [2], aunque remisos al principio, se enardecen y persisten con más robusto vigor en medio de los peligros.*

Responderémos, que la audacia, siendo un movimiento del apetito sensitivo, sigue á la aprension de la potencia sensitiva (1). Pero esta, no pudiendo comparar ni examinar cada una de las circunstancias del objeto, juzga súbitamente. Sucede sin embargo algunas veces que por la aprension instantánea no pueden conocerse todas las dificultades concurrentes en algun negocio; y de esto surge el movimiento de la audacia, para acometer el peligro. Así es que, *cuando están experimentando ya el mismo peligro, sienten mayor dificultad que la que se imagináran, y por tanto desmayan.* Al contrario la razon discurre sobre todas las cosas que dificultan el negocio; y por lo tanto *los fuertes, que por dictámen de la razon acometen los peligros, al principio parecen remisos, porque los afrontan, no por pasion, sino con la deliberacion debida; y, cuando están en los mismos peligros, no experimentan cosa alguna imprevista,*

(1) Otros « apetitiva ».

y á veces hasta los encuentran menores que lo que ellos creyeron, por cuya razon *persisten más*: ó tambien, porque los arrostran por el bien de la virtud, y esta (*su*) voluntad del bien persevera en ellos, por grandes que sean los peligros; mientras que los audaces por sola su apreciacion, que produce en ellos la esperanza y escluye el temor, como se ha dicho (a. 3).

Al argumento 1.º dirémos, que tambien en los audaces surge el temblor á causa de la concentracion del calor de fuera adentro, lo mismo que en los que temen; pero en los audaces se reconcentra el calor en el corazon, mientras que en los que temen (*aflye*) á las inferioridades.

Al 2.º que el objeto del amor es el bien en absoluto; y así absolutamente acrecido aumenta el amor. Pero el objeto de la audacia es compuesto del bien y del mal, y el movimiento de la audacia hácia el mal presupone el movimiento de la esperanza hácia el bien: y por lo tanto, si se agrega tanta dificultad al peligro que esceda á la esperanza, no se seguirá el movimiento de la audacia, sino que se disminuirá; mientras que, si el movimiento es de audacia, cuanto mayor es el peligro, tanto mayor se reputa esta.

Al 3.º que de la lesion no surge la ira, á no suponerse alguna esperanza, como se dirá más adelante (C. 46, a. 1); y por lo tanto, si el peligro fuere tan grande que esceda á la esperanza de la victoria, no se seguirá la ira: pero es verdad que, si se suscita la ira, se aumentará la audacia.

## CUESTION XLVI.

### De la ira considerada en sí.

Tratarémos de la ira: 1.º considerada en sí; 2.º de su causa activa y su remedio; y 3.º de su efecto. Acerca de lo 1.º examinaremos ocho puntos: 1.º La ira es una pasion especial?—2.º El objeto de la ira es el bien, ó el mal?—3.º La ira reside en lo concupiscible?—4.º La ira es compatible con la razon?—5.º Es más natural que la concupiscencia?—6.º Es más grave que el odio?—7.º Se refiere solamente á aquellos, á quienes se refiere la justicia?—8.º De las especies de la ira.

#### ARTÍCULO I. — La ira es una pasion especial?

1.º Parece que la ira no es una pasion especial: porque la ira toma su nombre de la potencia irascible; y esta potencia no tiene solamente una pasion, sino muchas. Luego la ira no es pasion especial.

2.º Toda pasion especial tiene su contrario, como se ve recorriéndolas una por una (1). Pero no hay pasion alguna contraria á la ira, segun lo dicho (C. 23, a. 3). Luego la ira no es una pasion especial.

3.º Una pasion especial no incluye á otra; pero la ira incluye muchas pasiones, pues existe con la tristeza y con la esperanza y con la delectacion, segun se ve (Rhet. I. 2, c. 2). Luego la ira no es pasion especial.

Por el contrario, San Juan Damasceno (Orth. fid. I. 2, c. 16) considera la ira « como pasion especial », é igualmente Tulio (De Tuscul. Qq. I. 4).

**Conclusion.** *La ira [1] no es pasion general, ni como comprensiva de especies varias, ni como causa de otras; pero [2] sí como procedente á modo de efecto del concurso de diversas causas ó pasiones.*

Responderémos, que se dice que una cosa es general de dos modos: 1.º por vía de predicado, como animal es genérico (ó comun) á todos los animales; 2.º á

(1) (C. 29, a. 2) amor y odio; delectacion y tristeza (C. 35, a. 2); esperanza y desesperacion (C. 40, a. 4); audacia y temor (C. 45, a. 1).

modo de causa, como el sol es la causa general de todo lo que es engendrado en el mundo inferior, segun San Dionisio (De div. nom. c. 4, p. 1, lect. 3): porque, así como el género encierra virtualmente (*potestate*) muchas diferencias segun la semejanza de la materia, así la causa agente contiene muchos efectos segun la virtud activa. Mas algun efecto puede ser producido por el concurso de diversas causas: y, puesto que toda causa permanece de algun modo en el efecto, puede tambien decirse de un *tercer modo* que el efecto procedente de una multitud de causas tiene tambien su generalidad, en cuanto contiene de cierto modo en acto muchas causas. *Del primer modo pues la ira no es una pasion general, sino condividida á la par de otras, segun lo dicho (C. 23, a. 1 y 4); como ni tampoco del segundo modo, pues no es causa de otras pasiones segun lo espuesto (C. 25, a. 1); pues de este modo el amor puede decirse una pasion general, como consta por San Agustin (De civ. Dei, I. 14, c. 7 y 9), toda vez que el amor es la primera raíz de todas las pasiones, segun lo dicho (C. 25, a. 2). Pero del tercer modo la ira puede decirse pasion general, en cuanto es producida por el concurso de muchas pasiones; pues no se produce el movimiento de la ira sino por causa de alguna tristeza inferida, y supuestos el deséo y la esperanza de vengarse; puesto que, como dice el Filósofo (Rhet. I. 2, c. 2), « el irritado tiene espe-*